

Hogar

Las flores de los almendros eran azules. Una vez nos hubimos convencido de que no era un espejismo o un efecto de la luz al filtrarse por las ventanas, todos habíamos aceptado aquel fenómeno como una curiosidad más de las muchas que rodeaban la casa familiar. Cada verano que pasábamos allí, cuando la abuela nos sorprendía a mis primos, a nuestros padres o a mí mismo ensimismados bajo la arboleda turquesa, se apresuraba a recordarnos, con su característica sonrisa cómplice, que ese pequeño milagro de la botánica había sido el regalo de un embajador japonés cuyo coche se había averiado calle abajo.

Aquel era su tipo de historia favorita, –inverosímil, hilarante y dulce–, y una parte esencial del repertorio de cuentos estivales que narraba de forma natural en las comidas; los mismos que los primos volvíamos a recitar, no sin exageraciones y embriagados de un cierto aire de nostalgia, durante el resto del año.

Aislada del murmullo de las urbes y algo carcomida por la humedad, su casa era, en cierta manera, un tapiz de esos relatos. Estaba la alfombra del sah de Persia, heredada de generación en generación, que nosotros utilizábamos como barco pirata. También el cuadro de un aprendiz perdido de Zurbarán que habíamos convertido en un portal a otra dimensión o el candelabro de una tal Madame Lambert que, aunque transformado en nuestra espada Excalibur, antaño se había empleado para iluminar los recodos más oscuros de las catacumbas de París.

Algunas veces, si mamá y papá comenzaban a gritar o a discutir con los tíos, la abuela nos guiaba a nuestro bosque lapislázuli, desde el que el universo de los adultos, plagado de reproches, palabras prohibidas, llantos e incertidumbres, quedaba aislado tras las paredes. Ella se convertía entonces en la hermana perdida del capitán Nemo y, corriendo descalza con nosotros por el barro y entre las ramas, nos hacía reír tan fuerte que nos dolía el estómago. Nunca nos parábamos a pensar en su talento para engatusarnos a todos, incluso a los que éramos más mayores y comenzábamos a ser una audiencia cada vez menos agradecida.

Era su alegría la que terminaba por eclipsar de manera invariable los ceños fruncidos de nuestros padres que, cansados de rencillas y sin un atisbo de comprensión, acababan sentados en el porche para presenciar todas nuestras aventuras. Sus consecuentes comentarios, peor camuflados de lo que ellos creían, siempre giraban en torno a la abuela. «Quería ser escritora», los escuchábamos susurrar. «Tiene demasiadas historias en la cabeza. No sé qué va a hacer cuando los niños crezcan y tenga que explicarles que nada de lo que hay aquí es, en realidad, un tesoro perdido».

Pero lo cierto era que entendíamos mucho más de lo que ellos imaginaban. Hacía ya tiempo que los primos habíamos llegado al acuerdo tácito de ocultar que sabíamos que, pasada la angosta avenida donde la abuela proclamaba haber rescatado al perdido dignatario nipón, estaba la tienda de antigüedades de doña Brígida. Además de vender cualquier objeto viejo llegado de la ciudad, –entre los que se encontraba una variada selección de mobiliario y decoración–, el establecimiento también contaba con una amplia muestra de plantas silvestres y árboles de inverosímiles colores.

Muchas tardes, agobiados por el calor veraniego, nos paseábamos entre sus estanterías y charlábamos con la señora Brígida en un intento de averiguar qué nuevo artefacto había captado la atención de la abuela. Esos mismos días, mientras emprendíamos cabizbajos el camino de vuelta y hablábamos sobre el inminente comienzo del curso escolar, las promesas de discreción se cimentaban más en nuestros ojos.

Nuestra vida cambiaba: esa era la verdadera realidad a la que hacíamos frente cada julio y agosto. Nos comenzaba a preocupar el futuro, el amor, las nacientes espinillas y las nubes plomizas posadas sobre la cabeza de nuestros padres. Pronto, nos decían, odiaríamos imaginar que éramos héroes. Sin embargo, en casa de la abuela, ese salto a la adolescencia parecía aún muy lejano, y seguiría así mientras nosotros continuásemos nuestra lucha contra los corsarios, viajásemos por las pinturas barrocas y cabalgásemos junto al rey Arturo.

La última noche de las vacaciones, los primos y yo siempre nos recostábamos en la hierba del parque, mirábamos las estrellas y dejábamos caer alguna que otra lágrima. No nos veríamos hasta Navidad y el próximo verano nos parecía terriblemente distante. La abuela captaba muy bien nuestro humor y, pese a que todo el mundo dormía para descansar antes del viaje, ella siempre nos esperaba con la luz del porche encendida y un gesto inescrutable en su arrugado rostro. Luego, después de pararnos ante ella en fila india, secarnos los ojos y pestañear la pena, empujaba la puerta. Con paciencia y ternura, nos apoyaba la mano en el hombro y cruzaba con nosotros el umbral, de vuelta a nuestra infancia.